



CAPÍTULO III

En el que Periquillo describe su tercera escuela, y la disputa de sus padres sobre ponerlo á oficio

Llegó el aplazado día en que mi padre acompañado del buen religioso determinó ponerme en la tercera escuela. Iba yo cabizbajo, lloroso y lleno de temor, creyendo encontrarme con el segundo tomo del viejo cruel, de cuyo poder me acababan de sacar, sin embargo, de que mi padre y el reverendo me ensanchaban el ánimo á cada paso.

Entramos por fin á la nueva escuela; pero ¡cuál fué mi sorpresa cuando ví lo que no esperaba ni estaba acostumbrado á ver! Era una sala muy espaciosa y aseada, llena de luz y ventilación, que no embarazaban sus hermosas vidrieras: las pautas y muestras colocadas á trechos, eran sostenidas por unos genios muy graciosos, que en la siniestra mano tenían un festón de rosas de la más halagüeña y exquisita pintura. No parece sino que mi maestro había leído al sabio Blanchard en su *escuela de las costumbres*, y que pretendió realizar los proyectos que apunta dicho sabio en esta parte, porque la sala de la enseñanza rebosaba luz, limpieza, curiosidad y alegría.

Al primer golpe de vista que recibí con el agradable exterior de la escuela, se rebajó notablemente el pavor con que había entrado, y me serené del todo cuando ví pintada la alegría en los semblantes de los otros niños, de quienes iba á ser compañero.

Mi nuevo maestro no era un viejo adusto y saturnino, según yo me lo había figurado; todo lo contrario, era un semijoven como de treinta y dos á treinta y tres años, de un cuerpo delgado y de regular estatura; vestía decente, al uso del día y con mucha limpieza; su cara manifestaba la dulzura de su corazón; su boca era el depósito de una prudente sonrisa; sus ojos vivos y penetrantes inspiraban la confianza y el respeto; en una pala-



MEXICANO

Entonces que iba a la nueva escuela; pero ¡cuál
 me sorprendió cuando vi la que yo esperaba ni estaba
 semejante a nada! Era una sala muy espaciosa y
 acosta, llena de luz y ventilación, que no embarazaban
 sus hermosas vidrieras; las parras y muestras colocadas
 á trechos, eran sostenidas por unos genios muy gracioso-
 sos, que en la siniestra mano tenían un festón de rosas
 de la más halagüeña y exquisita pintura. No parece sino
 que mi maestro hacía todo al modo Escobedo en su
escuela de las costumbres, y que quisiera mostrar los
 proyectos que apunta dicho señor en sus libros; porque
 la sala de la enseñanza rebosaba luz, limpieza, curiosi-
 dad y alegría.

Al primer golpe de vista que recibí con el agrada-
 ble exterior de la escuela, se rebajó notablemente
 el pavor con que había entrado, y me serené del todo
 cuando vi pintada la alegría en los semblantes de los
 otros niños, de quienes iba á ser compañero.

El nuevo maestro no era un viejo adusto y satur-
 ado, según ya me lo había figurado; todo lo contrario,
 era un muchacho joven de veinte y dos á treinta y tres
 años, de un cuerpo ágil y de regular estatura; vestía
 elegante, al uso de allá y con gran limpieza; su cara
 representaba la dulzura de su carácter; su boca era el
 depósito de una palabra sencilla, pero clara y pene-
 trante; sus ojos la modestia y el ingenio; en una pala-



—¿Ves, hijo, qué primores encierra la naturaleza, aun en cuatro hierbecitas y unos animalitos que aquí tenemos?

bra, este hombre amable parece que había nacido para dirigir la juventud en sus primeros años.

Luego que mi padre y el religioso se retiraron, me llevó mi maestro al corredor; comenzó á enseñarme las macetas; á preguntarme por las flores que conocía; á hacerme reflexionar sobre la varia hermosura de sus colores, la suavidad de sus aromas y el artificioso mecanismo con que la naturaleza repartía los jugos de la tierra por las ramificaciones de las plantas.

Después me hizo escuchar el dulce canto de varios pintados pajarillos que estaban pendientes en sus jaulitas, como los de la sala, y me decía:—¿Ves, hijo, qué primores encierra la naturaleza, aun en cuatro hierbecitas y unos animalitos que aquí tenemos? Pues esta naturaleza es la ministra del Dios que creemos y adoramos. La mayor maravilla de la naturaleza que te sorprenda, la hizo el Criador con un acto simple de su suprema voluntad. Ese globo de fuego que está sobre nuestras cabezas, que arde sin consumirse muchos miles de años hace, que mantiene sus llamas sin saberse con qué pábulo, que no sólo alegra, sino que da vida al hombre, al bruto, á la planta y á la piedra; ese sol, hijo mío, esa antorcha del día, ese ojo del cielo, esa alma de la naturaleza que con sus benéficos resplandores ha deslumbrado á muchos pueblos, granjeándose adoraciones de deidad, no es otra cosa, para que me entiendas, que un